



JERARQUÍAS DE GÉNERO EN LA GUERRA: ANÁLISIS DEL CASO COLOMBIANO

Por: Andrea Lissett Pérez Fonseca

“Sin haber soñado siquiera con acceder a ningún derecho ciudadano, ellas constataron que podían constituir una fuerza de presión, y al margen de las decisiones oficiales, en la recámara, en el costurero, en la trastienda o en el atrio, excitadas por el llamado de la jerarquía eclesiástica se volvieron rabiosamente políticas; los radicales acusaron a los curas de la politización de sus mujeres, los padres censuraron a los maridos por no saberlas contener, y cuando ellas tímidamente se atrevieron a expresar sus preferencias, los maridos se quejaron de sus consortes por opinadoras y desobedientes”
(Guerra de los Mil Días, Aida Martínez Carreño)

La mujer ha sido históricamente invisibilizada, silenciada y desvalorizada en los distintos contextos y procesos sociales. La **guerra**¹ y en esa noción incluyo la lucha, la confrontación y el conflicto que está atravesado por distintas formas de violencia, no es la excepción; por el contrario, ese es uno de los ámbitos en los que más se amplifica ese imaginario excluyente en torno a la **mujer**. La mujer se concibe socialmente como fuera o al margen de la guerra: sin rostro, sin voz, sin lugar, sin protagonismo.

Esa es la problemática que en este texto me gustaría profundizar: el histórico desconocimiento de los variados e importantes papeles que la mujer ha cumplido en el contexto de la guerra. Ustedes se preguntarán: ¿Por qué hacer referencia a la guerra? ¿Cuál es la razón de invocar ese contexto que tanto dolor y miedo genera? Porque hablar de nuestro país y de nuestra historia es imposible sin reconocer la dinámica del conflicto. Por eso cuando Gabriel García Márquez narra la historia del coronel Aureliano Buendía y afirma que – “promovió treinta y dos levantamientos armados y los perdió todos [...] tuvo diecisiete hijos hombres de diecisiete mujeres distintas, que fueron exterminados uno tras otro en una sola noche, antes de que el mayor tuviera treinta y cinco años. Huyó a catorce atentados, a setenta y tres emboscadas y a un pelotón de

¹ La noción de guerra que aquí se usará estará basada la perspectiva de Karl Von Clausewitz, o sea: “un acto de fuerza que se lleva a cabo para obligar al adversario a acatar nuestra voluntad [...], esa fuerza para confrontarse a la fuerza recurre a las creaciones del arte y de la ciencia [...], esa fuerza constituye el medio para imponer nuestra voluntad al enemigo, ese es el objetivo” (1999: 29-30). Tratándose, entonces, de la confrontación de dos o más bandos que luchan por imponer su voluntad al otro, en un contexto de lucha de intereses que se chocan y recurren a la violencia como medio para conseguir sus intereses. En esa dirección, Clausewitz enfatiza que es preciso entender la guerra trascendiendo su propio marco, o sea como un fin en sí y para sí, para dimensionarla como un medio que necesita, por encima de todo, un objetivo político, y en esa medida verla como “una continuación de la actividad política, una realización de ésta por otros medios” (CLAUSEWITZ, 1999: 37-47).



fusilamiento” (MÁRQUEZ, 1997: 203) –, aunque parezca una historia fantástica, ese contexto no está lejos de nuestra realidad.

Colombia ha vivido en “estado de guerra”, es decir: “situaciones en las que prevalece la voluntad manifiesta e indeclinable de no someterse a la autoridad instituida y de no aceptar un poder distinto al propio, manteniendo la posibilidad de combatir al enemigo con las armas en la mano si fuese necesario” (URIBE, 2001: 11). Y ha vivido en “estado de guerra” como una constante histórica desde las guerras de la independencia hasta la actualidad, con períodos de acentuada confrontación y otros de baja intensidad, pero con prevalencia del uso de la violencia como forma privilegiada en la disputa de diferencias y en el ejercicio del poder. (TIRADO, 1995; SÁNCHEZ, 2006; URIBE, 2001).

En esa dirección, el historiador Gonzalo Sánchez (1991: 20-21) propone entender la historia del país a través de las etapas o ciclos de la guerra, que serían, en términos generales, los siguientes: (a) las Guerras Civiles², que transcurrieron durante el siglo XIX, en las cuales se pretendía, fundamentalmente, saldar las diferencias entre las clases dominantes. En ese periodo, es característico el hecho que las fracciones de la clase dominante participaban proporcionando no solo orientación política, sino que también militar; (b) la Violencia³, que se extiende de 1946 hasta 1964, es una guerra que se desenvuelve en un contexto de crisis permanente en el que el país se sumerge después de la década de 1940, caracterizada por una confrontación cada vez más abierta entre las clases dominantes y las subalternas. En el curso de esa guerra hay un elemento que se diferencia del ciclo anterior, pues a pesar de que la dirección ideológica siga siendo ejercida por las fracciones de la clase dominante a través de los dos partidos tradicionales, el liberal y el conservador, la conducción en el plano militar es realizada por los sectores populares y, más precisamente, por los campesinos; (c) la Guerra Actual⁴, que comienza a partir de los años 1960, y

² Esas guerras están comprendidas entre la época de la Independencia (1810) hasta 1902, año en que acaba la llamada “Guerra de los Mil Días”. En ellas se confrontaron diversos sectores de la sociedad civil colombiana bajo las banderas de los partidos políticos del liberalismo y del conservatismo, inicialmente denominados Centralistas e Federalistas. En total, se habla de aproximadamente 52 guerras, entre las cuales, 12 tuvieron repercusión de carácter nacional (la de la Patria Boba entre 1812-13, la de 1828-29, la de 1830-31, la dos Superemos entre 1839-41, la de 1851, la de 1854, la de 1860-62, la de 1877-78, la de 1885, la de 1895 y la de los Mil Días entre 1899- 1902) y 40 de orden regional.

³ El periodo de la Violencia, denominado así por la magnitud del conflicto interno que se extendió por todo El territorio nacional, y principalmente en las zonas campesinas, tuvo una duración aproximada de veinte años (1946-1966) y fue la expresión maximizada de la confrontación histórica entre los seguidores del partido liberal y conservador, avivada por los gobiernos partidarios, sobretudo el Conservador que estuvo en el poder entre 1946 – 1953, cuando hubo un golpe militar. Cobró la vida de cerca de 300 mil personas y generó una de las mayores migraciones de la población campesina para las ciudades que pasaron a engrosar los cordones de miseria.

⁴ El periodo de la “guerra actual”, iniciado en los años 1960, incluye distintos actores políticos, escenarios y móviles, fuera del esquema de confrontación histórica bipartidarista. Entre los principales sujetos de este conflicto están: las guerrillas revolucionarias que confrontan al Estado colombiano, principalmente el ELN y las FARC que surgen en esa



cuyo desenlace todavía es incierto. En esa fase, la dirección y la orientación político-militar “huye por completo de las clases dominantes”, pues está en manos de los sectores subalternos y la disputa ya no está sólo en lo plano de las reformas o de la inclusión en el Estado, sino también en la propia abolición del régimen existente.

Ese estado crónico y permanente de la guerra en Colombia, en el que el Estado ha tenido y tiene responsabilidad, es una guerra no reconocida en sus dimensiones y magnitudes históricas y sociales. En realidad, ha sido silenciada bajo la imagen de un país encuadrado en las causas del civilismo y de la constitucionalidad, visto oficialmente como “tierra estéril para las dictaduras”. Esa imagen, conforme subrayan varios investigadores colombianos (TIRADO, 1995; SÁNCHEZ, 2006; URIBE, 2001; MEDINA, 1991), ha ayudado a encubrir la historia de conflictos sociales todavía no resueltos.

Por otro lado, esa faceta de la historia colombiana ayuda a entender el papel desempeñado por las guerras en el contexto del país. Pues, cabe anotar que ese elemento se volvió estructural, marcó el curso de la política, de las relaciones económicas y de la vida social y cultural de Colombia, acarreando profundas implicaciones en la propia caracterización de la sociedad, conforme apuntan varios autores que afirman que la presencia histórica de la guerra tiene vínculos determinantes con la construcción de la nacionalidad colombiana y con el sentido de filiación a esa nacionalidad (SÁNCHEZ, 2006: 33; URIBE, 2001: 10).

Para poder comprender esa perspectiva histórica es necesario ampliar el concepto de guerra, tradicionalmente entendida en las estrechas márgenes de la acción bélica — armas, combates, violencia —, y aproximarse al universo social que esta encierra. Para eso, sería preciso dimensionar, en primer lugar, la participación de la población civil. Las guerras en Colombia tuvieron y tiene un carácter eminentemente civil. Eso significa decir, en este caso en específico, que engloba personas comunes, de distintas procedencias, clases sociales, sexo, edades e intereses. Esa es una característica que ocurre en todos los periodos históricos.

Otra singularidad de las guerras en nuestro país es su carácter holístico, de abarcar los diversos ámbitos sociales, desde lo estrictamente político y militar, hasta lo económico, social y cultural. Todas las esferas sociales han estado presentes, como factores generadores de conflicto, y, obviamente, afectadas por la dinámica de la guerra. A pesar de que tradicionalmente los conflictos

década y que aún se mantienen; el Estado con sus respectivos aparatos represivos – las fuerzas armadas –; los grupos “privados de justicia privada” conocidos como los paramilitares, que alcanzaron en varias regiones un importante poder y autonomía; y las organizaciones armadas de los narcotraficantes que defienden los intereses de ese sector, situado al margen de la ley.



colombianos han sido enmarcados como producto de las diferencias políticas y de la lucha bipartidista entre liberales y conservadores (por lo menos hasta finales de los años 1960), estudios recientes han mostrado las distintas facetas y motivaciones de la guerra, no siempre explícitas. Lo cierto es que son un medio importante a través del cual un buen número de colombianos ha buscado dirimir sus conflictos de orden económico, cultural, religioso, personal, político, y aún, de rivalidades locales y regionales.

Aquí se evidencia un aspecto clave en relación al significado de las guerras en el campo de la participación social y política. Pues, debido a que el sistema político colombiano ha sido bastante cerrado y excluyente, y de ser relativamente frecuente el uso de formas represivas contra los movimientos y manifestaciones populares, propició la canalización de las confrontaciones bélicas para la “participación social y política y que tuvieran su expresión, entre otros, en la formación de guerrillas y en el ejército, ambos vistos como normales, estructurales y estructurantes de la vida colectiva y cultural del país” (ORTIZ, 2004: 187).

En síntesis, lo que se confirma es que a lo largo del proceso histórico colombiano se legitimó una **tradición guerrera** como medio privilegiado de la resolución de los conflictos, que, al mismo tiempo, se prefiguró como un modo de participación social y política. Una tradición con mucho peso y fuertes vínculos en la historia de nuestro país y con amplia influencia en los diversos sectores y ámbitos sociales.

Entendiendo la centralidad de la guerra en la construcción de la sociedad colombiana es importante analizar la forma como se expresa en ella la perspectiva de género, y, particularmente, las nociones de lo masculino y lo femenino, como arquetipos de relacionamiento y de referencia simbólica que permean y configuran los distintos campos sociales y, por supuesto, la guerra. La guerra ha sido significada y representada simbólicamente a través de un modelo típicamente masculino y es cimentado en la figura del “guerrero heroico” al que se le asocian una serie de atributos y valores que enaltecen el estereotipado mundo de lo masculino: ser “valiente”, “agresivo”, “resistente”, “fuerte”, “duro”; cualidades que, por otra parte, se contraponen simétricamente a lo que socialmente se concibe como lo “femenino”, es decir: lo “débil”, lo “pasivo”, lo “frágil”.

Ese ha sido, históricamente, el patrón de referencia. Una configuración tan arraigada culturalmente que se ha “naturalizado”, al punto de que guerra, guerrero y masculinidad conforman una unidad semiótica cerrada y excluyente. Las mujeres no tienen espacio, es un lugar social y simbólico exclusivo de los hombres, a pesar de que históricamente hayan desempeñado papeles



altamente significativos. ¿Por qué? ¿Qué lleva a la invisibilidad de las mujeres en este campo social? ¿Qué relaciones de poder se están expresando?

La guerra es un escenario social donde se manifiesta de manera exacerbada la tradición social y cultural del patriarcalismo, es decir, las relaciones de dominación hombre – mujer, que se han construido y consolidado a lo largo del tiempo sobre la base de una noción de asimetría entre los sexos expresada en “funciones, conductas, valores, costumbres, leyes y roles sociales que sustentan tal asimetría y definen lo que es apropiado a cada sexo, pero dejando en cabeza de los hombres el control del poder sobre las mujeres” (LAMUS, 2006: 2).

Lo que resulta evidente de la anterior afirmación es el acento en las relaciones de poder hombres-mujeres que se traduce en formas jerárquicas de concebir socialmente lo femenino y lo masculino. Una mirada interesante frente a esta dicotomía asimétrica es la de Maria Luiza Heilborn, quien comprende lo masculino no sólo como un valor contrastante y dominante sino también englobante de lo femenino:

la presente propuesta interpretativa no se contenta con afirmar que los géneros poseen contenidos contrastivos y complementarios. Además de distintos, la lógica interna al dominio de género es jerárquica, haciendo que los vectores simbólicos antes relacionados se cualifiquen por las propiedades de englobante y englobado. A esa producción de lo masculino, se asocia el del valor instituyente de la cultura, impeliendo a que ese género se sitúe siempre en la posición de englobante frente a lo femenino. Así lo masculino está revestido de los significados de representación de la totalidad, al mismo tiempo en que posee la cualidad de un género frente al otro (HEILBORN, 1998: 52, traducción mía).

De acuerdo con Heilborn, lo masculino engloba a su contrario, lo femenino; eso significa que se constituye socialmente como valor totalizante, como referente simbólico de ambos géneros, del universo social. De esa manera lo masculino se convierte en un parámetro de regulación del poder en cualquier opción que se tome, sea sometándose a él y, por tanto, “masculinizándose”, o renunciando a él, siendo, por tanto, excluido/a del sistema. En otras palabras, podría afirmarse que la masculinidad se torna en un modelo hegemónico cultural, de valores “ideales”, que en la práctica termina por ejercer un efecto controlador “sobre todos los hombres y mujeres” (VALE DE ALMEIDA, 1995: 86).

La guerra es, en la perspectiva aquí analizada, una construcción social en y desde el “modelo masculino” y las mujeres son, consecuentemente, clasificadas y valoradas en función de ese mundo simbólico. En esa dirección, se podrían diferenciar dos grandes categorías en las que tradicionalmente se concibe el “lugar” de la mujer en la guerra: (a) mimetizadas bajo el rol del “guerrero heroico”, desdibujándose y mutilándose su singularidad de género y (b) subvaloradas en roles “femeninos” que son minimizados en relación a lo masculino/guerrero. Para entender mejor estas nociones paso a ilustrar algunos ejemplos de contextos de lucha e historias de mujeres que han



sido significativas y que son importantes actualizarlas en la memoria social. A pesar de la poca información existe sobre la participación de las mujeres en las Guerras Civiles del siglo XIX, hay una valiosa descripción de la historiadora Aida Martínez que me permito retomar extensivamente:

Desde las guerras de la Independencia, grupos de mujeres acompañaron los ejércitos con los cuales marchaban cargando bártulos y niños ... [aunque] en 1819 el ejército de la Nueva Granada prohibió terminantemente su presencia ... Palos y castigos nunca fueron suficientes para desanimar a las obstinadas que continuaron detrás de los ejércitos, siguiendo a su hombre, porque temían más al abandono que a las palizas. Años después, en muchas campañas de las guerras civiles, las mujeres dispuestas a marchar fueron las encargadas de conseguir provisiones, cocinar, cuidar a los enfermos. Arriar el ganado y en algunas excepciones notables se integraron en calidad **de militares como María Martínez, antioqueña de Sonsón** que se alistó durante la revolución de los Supremos en 1841 ... En el transcurso de la guerra de los mil días la participación femenina alcanzó importancia numérica y tomó un giro diferente, porque además de prestar los servicios y apoyos que eran tradicionales, como integrantes de las tropas revolucionarias tuvieron mando, participaron en combate, consiguieron grados y ascensos militares ... Esas mujeres que de alguna forma habían elaborado su discurso, que tenían partido y bandera, no permanecieron pasivas ante la tensión política de la última década del siglo, y cuando los estridentes clarines revolucionarios se oyeron en octubre de 1899, ya estaban listas para cambiar o resistir y lo hicieron de múltiples maneras. **Muchos fueron sus roles en esa contienda:** las que marcharon con su marido porque temían el desamparo, el abandono, las represalias y el riesgo de quedarse solas; las que asumieron la aventura para seguir al amante, las que ofrecieron apoyo económico y logístico, las que organizaron redes de postas y de espías (que las hubo de todos los rangos sociales), las que convirtieron su casa en hospital de sangre, las que animaron a sus hombres y se resignaron a verlos partir y, finalmente, aquellas que se enrolaron en las fuerzas contendoras con la esperanza de recibir un arma, ser llamadas a combate y entrar en acción ... En las fuerzas revolucionarias, siempre necesitadas de gente dispuesta a la lucha, las mujeres encontraron mayor campo de acción y trascendiendo las tareas de apoyo logístico fueron aceptadas como combatientes; en esa condición hicieron la carrera militar desde soldados hasta capitanas, que fue el grado más alto que se confirió a las mujeres (MARTÍNEZ, 2000: 18, negrito mío).

Este relato levanta cuestiones altamente relevantes. En primer lugar, algo que aparece como desconocido y/o poco difundido en la historia de las Guerras Civiles del siglo XIX: la participación de las mujeres en distintas actividades, funciones y roles. Ellas fueron espías, suministradoras, proveedoras, cocineras, enfermeras, compañeras, agitadoras ... y también, aunque de manera más restricta, hicieron parte del combate. Nótese que su participación en las filas de combate fue paulatina y progresiva con el pasar del siglo, de una dependencia casi exclusiva de sus maridos y de actividades marginales, puede detectarse que en la guerra de los Mil Días por primera vez se reconoce su participación en el campo bélico, logrando mandos militares que, pese a ser inferiores a la jerarquía masculina, les daba una condición anteriormente negada: su existencia como sujetas. En ese sentido, se puede apreciar una postura más autónoma, una construcción deliberada de su subjetividad: la decisión de ingresar a la lucha por el llamado de las “fuerzas revolucionarias” de la época, lo que denota, tal como lo afirma Aida Martínez, que esas mujeres “habían elaborado su discurso, que tenían partido y bandera, no permanecieron pasivas ante la tensión política de la última década del siglo” (2008: 18). De esas “heroínas guerreras” del siglo XIX me gustaría retomar la voz de una “capitana revolucionaria”, Teresa Otálora Manrique, oriunda de Choachí que luchó en la Guerra de los mil días. Como centenares mujeres, esta muchacha se alistó entusiasmada con la



idea de prestar sus servicios a la causa liberal, "sin saber donde iríamos a morir o a triunfar...", así relata ella misma su experiencia:

Octubre de 1899. [En el páramo de Cruz Verde] se reunieron los caballeros bogotanos y se armaron con municiones y armas viejas y oxidadas, llegando mi turno de limpiar rifles y carabinas, arreglar baquetas, darles de comer a los que llegaban, volar a recibirlos para emprender marcha [...] a órdenes del general Sánchez se armó la tropa de infantería porque las bestias se pensaban coger; tocándome de arma un viejo y oxidado cortafrío el que usé y empuñé como primer arma de campaña... **¿a quién va a matar con eso? me preguntaron todos. --Yo contesté: mi general, a los telegrafistas y al mismo gobierno... dejen que llegue mi turno,** y con aquella voz de <<fusiles al hombro, tercién, de frente, marchen>> se emprendió la nueva jornada hacia el norte del páramo que hasta ahora me era desconocido, para atravesar el de Choachí, llegar al camino real que conduce a Bogotá (Teresa Otálora, Testimonio en Martínez, 2000: 18, negrito mío).

Ese pasaje del diario de la capitana Teresa es una valiosísima pieza histórica que ayuda testimoniar la presencia de la mujer en las guerras partidistas que azotaron al país durante más de siglo y medio. Ellas no sólo estuvieron al frente del combate sino que lucharon en medio de un mundo masculino por ganar un “lugar” diferenciado, reconocido por su valor y capacidad en ese campo social. Y en esa lucha silenciada por la historia tradicional, las mujeres también se guerrearón una posición como sujetas políticas, como integrantes de un partido político, como opositoras de un régimen y como constructoras de una utopía social en la que se identificaban y por la cual arriesgaban su vida.

Otro contexto de lucha que también me gustaría hacer referencia es el de la participación de la mujer en las guerrillas revolucionarias que se originan en los años 1960, y que constituyen la tercera fase de guerra del país que aún prevalece. Como ya fue anotado, las mujeres participaron en el campo de combate desde las Guerras Civiles del siglo XIX, con una presencia cada vez más significativa, siendo aún más notoria en las guerrillas revolucionarias⁵, donde se integraron ocupando diferentes posiciones y roles. Aunque su participación en estas estructuras bélicas es más numerosa y representativa, su visibilización como sujetas políticas sigue ha sido y siendo bastante

⁵ Para caracterizar los principales grupos armados revolucionarios de Colombia parece oportuna la clasificación realizada por algunos estudiosos de esa temática (PIZARRO, 1996; CASTANEDA, 1994), que diferencian dos periodos o generaciones en el contexto latinoamericano: (a) La primera generación comprendida en entre los años 1960 y 1970, fuertemente influenciada por la revolución cubana. Hacen parte el ELN (Ejército de Liberación Nacional), surgido en 1963 por un grupo de estudiantes que fueron a la Habana, y que constituyen una típica expresión de ese modelo de lucha revolucionaria y que actualmente se mantienen. También se encuentra el EPL (Ejército Popular de Liberación), que surge en 1965 como una disidencia del Partido Comunista Colombiano (PCC), dentro de la lógica de confrontación y crítica radical que en aquel momento se efectuó a los tradicionales partidos comunistas. Otro grupo armado de este periodo son las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia), que constituyen un caso atípico, pues su origen se remonta a los años 1940, en la época de la Violencia, cuando varios núcleos campesinos, orientados por el PCC, optan por la vía armada como una forma de autodefensa ante la crudeza de la confrontación bipartidista en el país; aunque pasaron por varias fases de negociación, persistieron en la lucha armada y en 1965 conforman un grupo de carácter revolucionario vigente hasta hoy día; (b) La segunda generación de movimientos armados se localiza en la década 1970-1980, cuando surgen organizaciones político-militares que rompen con el modelo cubano. De esta generación hace parte el Movimiento 19 de abril (M-19), aparece en 1974, cuyos integrantes son provenientes de la clases medias y su acción se concentra en el contexto urbano.



limitada. Sólo hasta finales de los años 1990 con el auge de la perspectiva de género⁶ y la reivindicación de los derechos de la mujer, estas organizaciones político-militares comienzan a rescatar la imagen de la “mujer guerrera” como sujeto importante de ese tipo de forma de lucha social. Así, tímidamente empiezan a aparecer en la escena política tanto al interior de tales agrupaciones como en la esfera pública nacional. Véase como ilustración el testimonio de tres mujeres guerrilleras pertenecientes al ELN y al M-19 que relatan sus experiencias cuestionando la supuesta “equidad de género” dentro de estas organizaciones:

... no está normativizado ningún elemento que señale la discriminación de la mujer, por el contrario se reivindica la importancia de nuestra participación y como ya le decía los derechos y deberes son los mismos para hombres y mujeres. **Pero si de ser sincera se trata, tengo que decirle que el machismo se vive de una forma no intencional, no consciente, pero él nos atraviesa silenciosamente** [...] le pongo unos ejemplos: a las mujeres se nos juzga más duramente la infidelidad o lo que llaman inestabilidad afectiva, sin ser norma sé que nos resta legitimidad. Otro, la promoción femenina llega más tardíamente que la de un compañero del mismo nivel. La mujer para alcanzar ese reconocimiento debe ser doblemente productiva en cualquier área de trabajo (Comandante del ELN, miembro dirección nacional, negrito mío)

Cuando me incorpore a la organización fue una experiencia muy dura porque había mucho machismo y yo venía de un trabajo con reconocimiento social, **para encontrarme allí con una subestimación completa, y peor aún, que para abrirse paso tocaba ser mucho más machista que ellos**. Tenía que demostrar cosas, en lo físico, en la dureza de los sentimientos; fue una negación de mi misma. Pero, una negación vital completa. Afectiva, psicológica. Y, en contra-parte se me exigía rudeza, mucha exigencia física. Pero, eso era entendido como el “heroísmo”. Yo comencé a seguir el modelo de autoridad patriarcal, ingresé en ese tipo de esquema. Yo me perdí. Pero, después reinicié el camino de retorno a mí misma ... volví a reír, a dejar de ser tan rígida. Renuncié al poder, a esa carrera loca ... (ELN, militante, negrito mío).

Ser mujer, en un campo evidentemente masculino como el de los ejércitos, resulta muy conflictivo. Al relatar mi vida fui descubriendo como ciertos elementos cuestionaban el poder dentro de una organización que, pese a romper muchos esquemas sociales vigentes e innovar, incluso en la práctica da izquierda tradicional, mantuvo contradicciones en el sentido da equidad frente a las mujeres y, en el mejor dos casos, destacó o afianzó en nosotras virtudes compartidas con los roles tradicionales ... **Debíamos demostrarles incesantemente que podíamos hacer todo cuanto exigíamos de ellos y más**. Ganamos famas de duras y de autoritarias, pero era una forma de imponernos a los varones (María Eugenia Vásquez, M-19, miembro de la dirección nacional, 2000: 230, negrito mío).

Los anteriores testimonios muestran claramente la persistencia de la relación jerárquica hombre-mujer que, como en la mayoría de ese tipo de relaciones de dominación, la desigualdad termina siendo encubierta e, inclusive, legitimada por los marcos legales de la “igualdad” defendidos por la sociedad moderna (DUMONT, 2000). No obstante, en la práctica, esas asimetrías “encubiertas” siguen operando como productoras y reguladoras de la interacción social. Así, las guerrillas revolucionarias, pese a sus ideales de “igualdad”, mantienen a su interior desigualdades de género. Un ámbito en el que ese aspecto se torna más notorio es, según sus testimonios, en su propio reconocimiento como sujetas en equidad de condiciones dentro de las estructuras de poder y

⁶ La perspectiva de género se populariza en el mundo social en los años 1990 gracias a la promoción de diferentes organismos estatales, ONGs, la academia, organizaciones políticas y, principalmente, por el movimiento femenino; influenciando de manera significativa el conjunto de la sociedad.



mando, pues si ellas quieren ascender de “rango” deben competir más duramente para adherirse al modelo masculino: “Debíamos demostrarles incesantemente que podíamos hacer todo cuanto exigíamos de ellos y más. Ganamos famas de duras y de autoritarias, pero era una forma de imponernos a los varones” (Vásquez, 2000: 230).

Obsérvese que el modelo jerárquico masculino, como he venido afirmando, se transforma en parámetro de control totalizante que funciona en todos los sentidos, como forma de sometimiento, como valor hegemónico y modelo al que deben ingresar si quieren sobrevivir en ese medio y ganar un lugar de respeto y reconocimiento. Ellas son, de alguna manera, impelidas a “masculinizarse” para poder entrar en la competencia de la guerra. Pero, los costos que una mujer debe asumir para entrar en las posiciones de poder son muy altos. Primero, es exigida al máximo, pues debe ser como afirma Paula, una comandante guerrillera del ELN: “doblemente productiva en cualquier área de trabajo”, y no apenas “competente”. En otras palabras, es necesario ser de alguna manera “excepcional” para poder ingresar en ese “medio privilegiado masculino”, pues, ella — excluida como mujer de esa categoría — tiene que demostrar que posee las cualidades de “excelencia” allí exigidas.

En esse processo de “masculinizarse”, las mujeres entran en el campo de competencia masculina, convirtiéndose, así, en potenciales rivales de los hombres, lo que lleva a una desvalorización de su papel como posibles “compañeras afectivas”, alejándose del modelo “ideal” femenino, de “submisión”. Por tanto, las mujeres que deciden entrar en esa disputa de la jerarquía “masculina”, en busca de un lugar de reconocimiento como “sujetas políticas”, terminan siendo afectivamente solas, pues, los “hombres” de ese medio prefieren, así como ella afirma, “mujeres tradicionales”:

[...] Los compañeros admiran a las mujeres como yo, somos la “mujer ideal”, pero ya como compañera afectiva, prefieren a las compañeras que conserven algo de la mujer tradicional y ese algo es la aceptación de acompañarlos dentro de esta revolución pero donde lo principal es “ser la compañera de” (Documento interno, entrevista a Comandante Paula, 2004: 44-45)

Por otra parte, en el caso de que cuestionen este modelo, que se nieguen a entrar en ese rol de lo “masculino”, también trae efectos contraproducentes para las mujeres, tal como lo podemos constatar en el siguiente testimonio:

Cuando me incorpore a la organización fue una experiencia muy dura porque había mucho machismo y yo venía de un trabajo con reconocimiento social, para encontrarme allí con una subestimación completa, y peor aún, que para abrirse paso tocaba ser mucho más machista que ellos. Entonces, eso produjo una suplantación de mí misma. Siendo que yo era comprometida y reconocida, tenía que demostrar cosas, en lo físico, en la dureza de los sentimientos; fue una negación de mí misma. Pero, una negación vital completa. Afectiva, psicológica. Y, en contra-parte se me exigía rudeza, mucha exigencia física. Pero, eso era entendido como el “heroísmo”. Yo comencé a seguir el modelo de autoridad patriarcal, ingresé en ese tipo de esquema. Yo me perdí. Pero, después reinicié el camino de retorno a mí misma. Fue gracias, creo, a una lectura muy



esclarecedora de Reich y Castaneda. Yo volví a reír, a dejar de ser tan rígida. A renunciar al poder, a esa carrera loca. Renuncié a la estructura machista e patriarcal que reproduce la organización. Yo decidí no ascender más en la línea jerárquica. Yo decidí quedarme con lo de abajo, pero, disfrutar del tiempo, de las relaciones. Y, algo muy especial, yo decidí que podía estar con mis hijos y seguir estando articulada al trabajo de la organización. Yo soy una marginal, un caso excepcional, no hay más de tres mujeres así en toda la organización. Eso lo tengo ganado con mucho esfuerzo. Y esa nueva etapa que estoy viviendo cerca del 50% del tiempo en que estoy vinculada; eso ha sido gracias a mi persistencia, a la capacidad que siempre tengo demostrado, a mi confrontación. A pesar de que tenga respeto, también pago el precio de ser “marginal”. No es fácil ser marginal, se pierde decisión y poder. Yo se de eso, por eso cuando se tiene que decidir alguna cosa, lo que hago es intentar influenciar a partir de terceros, muchas de las cosas que finalmente se aprueban. Yo encontré que mi papel en la vida es ser a través de los otros (Alejandra, intelectual, 33 años de militancia)

Así como se puede deducir, en el caso de Alejandra, que inicialmente ingresó al modelo “masculino” por causa del poder y que luego cuestionó, optando por “no ascender más en la línea jerárquica. Decidí estar en los de abajo, pero disfrutar del tiempo, de las relaciones. Y, algo muy especial, decidí que podía estar con mis hijos...”. Sin embargo, los costos de esa decisión, como ella lo menciona, son altos: convertirse en una “marginal”, quedar fuera de las posiciones y del ámbito del “poder”.

El otro lado de esa relación jerárquica de género que falta analizar es la posición subalterna de la feminidad, pues, como toda asimetría dicotómica, tiene una construcción simbólica del “ideal dominante” y también del dominado, o sea, de la “feminidad” tal como es concebida social y tradicionalmente. En esa dirección, para el caso del ELN, la imagen de la mujer pasó a ser rescatada desde el valor tradicional de “esposa” y “madre” ejemplar, y el modelo de feminidad se reconstruyó, por tanto, en torno de los atributos relacionados a esos roles sociales, es decir, ser “fiel”, “leal”, “protectora”, “sacrificada”, “sumisa”. Lo que, traducido al contexto específico de la organización guerrillera, se sintetizó bajo la figura de la “compañera fiel”, batallando al lado del hombre, el “guerrero”, respaldándolo, apoyándolo, cuidándolo. Ese fue el “modelo ideal” de mujer guerrillera impuesto en la interacción entre los géneros. Y ese es también el “ideal de mujer” que los hombres buscan, y el que la mayoría de ellos procura y valida en la práctica, sobre todo los “grandes hombres” que están en la cima del poder, y que, desde esa posición privilegiada, pueden acceder con más ventaja al reducido grupo de mujeres que hacen parte de este tipo de organizaciones (20% aproximadamente).

Por eso, la historia de las mujeres guerreras ha pasado ignorada, mimetizada, marginalizada o sometida bajo el rol del “guerrero heroico”. Pero, no todo es gris oscuro, si escuchamos con atención sus propias voces podemos encontrar un importante valor: su resistencia y persistencia en medio de difíciles condiciones de inequidad que las ha llevado a ganarse lugares de reconocimiento, a lograr mayores niveles de autonomía, a mirar críticamente ese modelo y a buscar, también, nuevos caminos.



Hasta aquí he analizado el papel de las mujeres en el campo de batalla, intentando subvertir la imagen que las desdibuja de ese ámbito social. Ellas también han sido protagonistas de la historia de guerras de este país. Pero, es importante deslumbrar más allá de las estrechas márgenes de la acción bélica, tal como se planteó al inicio de este escrito, y considerar el mundo social que allí circunda. Siendo que las guerras han sido fenómenos centrales en la vida de este país y que se ha vivido prácticamente en “estado de guerra” desde la época de la independencia de la corona española, no es extraño entender que la población civil ha participado o, mejor, ha hecho parte de las guerras en Colombia. Las guerras en Colombia han tenido un carácter civil y, por tanto, la población de distintas clases sociales, rangos, sexos y edades han estado involucrados de manera directa o indirecta, especialmente en las zonas rurales que han sido el epicentro de la lucha armada. Allí se han desarrollado tejidos sociales que han servido de apoyo logístico, social y afectivo a las distintas agrupaciones armadas de origen popular. En tales tejidos las mujeres han desempeñado un rol fundamental. Ellas son las hiladoras de esas redes, las que sostienen los lazos afectivos y en las que reposa la dinámica y el flujo de bienes, valores, ideas, recursos, que circulan por esas venas sociales. Cuando los hijos, maridos y demás familiares hombres marchan hacia la guerra son ellas las que se quedan “sosteniendo” el hogar, los hijos menores y los vínculos familiares, apoyándose y estrechando relaciones con otras mujeres que quedan en circunstancias similares. Pero, ellas también siguen siendo los contactos, los puentes, las vías de suministro, los puntos nodales de apoyo en esos contextos de guerra. Como estas “tareas” no son consideradas socialmente prestigiosas, tal como la acción de los “guerreros heroicos”, ellas pasan desapercibidas y subvalorizadas en estos roles “femeninos” vistos como menores e insignificantes dentro del modelo hegemónico masculino y patriarcal.

En consideración de los argumentos esgrimidos, mi hipótesis es que las mujeres no sólo han sido relevantes dentro y fuera del campo de batalla, pese a los lugares sociales y simbólicos de subalternidad que han tenido en los contextos de guerra, sino que **gracias a ellas se ha garantizado y se garantiza la preservación de un mínimo social que permite la recreación, en medio de las duras condiciones de la guerra crónica en la historia moderna colombiana, de la vida y la esperanza.** ¿Por qué ellas? ¿Cuál es su diferencial? Tal como lo preguntaba una asistente en el foro sobre desaparición forzosa en América Latina realizado en la Universidad de Antioquia el pasado 11 y 12 de agosto del presente año: ¿Por qué las mujeres somos capaces de enfrentar el dolor y el miedo, qué lo permite? Como los anteriores casos, es importante traer a la memoria algunas voces e historias de mujeres que han hecho y hacen resistencia social:



Las madres, esposas, hermanas que les han desaparecido familiares en la guerra y deciden organizarse para buscarlos y para reivindicar su memoria. Hay varias las asociaciones de este tipo en el país: ASFADES (Asociación de Familiares de Desaparecidos), MOVICE (Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado), todas creadas y dirigidas por mujeres. Este es el testimonio de Fabiola Lalinde: “soy la madre de Luis Fernando Lalinde Lalinde, militante del PC (M-L), detenido-desaparecido-torturado-asesinado y escondido su cuerpo en la raíz de un árbol en lo alto de una montaña (Vereda Ventanas, límites de los municipio Jardín (Antioquia) y Riosucio (Caldas.), por la Patrulla Militar N° 22 del Batallón Ayacucho de Manizales, el 3 de octubre de 1984. 24 años recorriendo los caminos de la noche y la niebla en busca de los desaparecidos es toda una experiencia que no se adquiere ni en la mejor Universidad del mundo, con el agravante, en estos casos concretos de desaparecidos por razones políticas, que solamente los busca la familia, por la sencilla razón de que en este delito de lesa humanidad están comprometidas las fuerzas armadas y/o organismos de seguridad del Estado, sumados, además, todos los mecanismos de impunidad que rodean la desaparición y las repercusiones de toda índole que genera su búsqueda y denuncia tanto para la familia como para las organizaciones de derechos humanos que nos acompañan, representadas en las amenazas, seguimientos, allanamientos, montajes con armas o droga, la cárcel, el desplazamiento y aún el exilio” (Testimonio Fabiola Lalinde, 2008)

Lo múltiples rostros de mujeres que se han erguido y han sacado adelante a sus familias de en medio de la miseria y de la violencia. Un caso ejemplar es el de Esperanza, fundadora de la Asociación de Mujeres Volver a Empezar de la comuna 13 de la ciudad de Medellín, quien fuera, tal como ella lo dice con mucho orgullo: “una de las primeras invasoras de las lomas de San Javier”. Ella recuerda con enérgicas y emotivas palabras la forma en que tablón tras tablón levantarían por múltiples veces sus ranchos ante los desalojos de la policía. Y después enfrentar la dura realidad: “todo fue como en el primer día de la creación: sin agua, sin energía eléctrica, sin alcantarillado, sin vías de comunicación ... y hasta sin ley, o mejor, sin quién la hiciera cumplir”. En su casa, que era la tienda de la vecindad, se reunían las mujeres por las tardes para hablar de las necesidades del barrio, “Una tarde llegaron a la conclusión de que la solución de sus problemas no se las podían dejar por entero a los hombres, porque hasta ese momento no habían salido con nada ... conformaron y pusieron en marcha una junta integrada sólo por mujeres, lideradas por Esperanza: “siempre me había gustado ayudar a la gente, pero nunca como líder. Ese día se me salió la vocación y me propuse organizar esas mujeres. Lo bueno fue que empecé a ver que me hacían caso, y que las cosas empezaban a marchar por alguna parte. Y eso despertó en mí una energía que no sabía que tenía” Ellas lograron el acueducto del barrio, el tendido eléctrico y la primera escuela; además de muchas obras comunitarias que hasta hoy siguen desarrollando en pro de esta población marginal (Testimonio de Esperanza en ARICAPA, 2007: 9 - 11).

Estas breves historias están testimoniando el valor cívico y la capacidad de resistencia y lucha de las mujeres en este país. Enfrentando el dolor, la muerte, la miseria, la violencia, la desigualdad y las profundas formas de discriminación social. Son múltiples las historias de ese tipo, historias acalladas, historias que ocultan el protagonismo de estas mujeres que han permitido la preservación de la vida y la esperanza en Colombia. En el momento que estoy escribiendo estas líneas me asalta una imagen que me fue muy reveladora: una señora mayor con su esposo, oriundos de Barrancabermeja, que huyeron por la violencia paramilitar y el asesinato de sus dos hijos, después de varios años de exilio, ella le dice a su marido de manera decidida: “vamos a regresar al pueblo, nuestros padres ya pasaron por la Violencia, nosotros ya vimos muchos familiares, nuestros hijos, vecinos y amigos morir en esta guerra, no podemos seguir huyendo de nuestra casa, de nuestro pueblo porque unos ‘uniformados’ paran en nuestra frente. No, vamos a volver para lo que es nuestro”. Ella encarna, a mi juicio, ese sentido de resistencia social que quiero expresar y que es



necesario resarcir, explorar y aprehender en la búsqueda de caminos ante el crónico conflicto interno colombiano.

Así, intentando responder a esa compleja pregunta del ¿por qué las mujeres somos capaces de enfrentar el dolor y el miedo?, me arriesgo a afirmar que, primero, no es tan cierto que las mujeres carezcan de los valores atribuidos socialmente y como patrimonio exclusivo a los hombres: la valentía, el coraje, la fuerza física y moral, la resistencia. Las anteriores ilustraciones sobre las mujeres guerreras en Colombia intentaban mostrar que ellas, pese a la inequidad de condiciones, han estado, han luchado y han persistido en esas esferas de poder masculino. Segundo, históricamente, desde distintas posiciones, y, principalmente, desde el anonimato y la invisibilidad social, las mujeres han resistido y persistido ante las distintas formas de opresión, desigualdad, carencias e injusticias sociales. Ellas son las que han levantado los hogares, los hijos y las nuevas generaciones cuando sus esposos y padres se ausentan por la guerra o el abandono. Trabajan, cocinan y cuidan a los suyos. Son el tejido social que mantienen pequeños núcleos familiares y proyectan redes sociales de apoyo y solidaridad. Tercero, cuando las condiciones sociales se agudizan, en estados de extremos de guerra, persecución y muerte, las mujeres escondidas tras las ventanas y las voces masculinas, irrumpen en la esfera pública, salen a la calle, protestan, se enfrentan a los poderes y quiebran ante sí, las barreras del miedo. Y aquí valga decir, es donde se potencializa una fuerza que los estadistas y especialistas de la política pasan por alto o subvaloran: **el amor *ver From**. Esa “dosis” a más que tienen las mujeres me fue clara en la respuesta de una madre de un desaparecido en Colombia: “es el amor el motor que nos mueve”. Eso no es una cualidad intrínseca o esencialista de las mujeres, es, simplemente, el resultado de un proceso histórico de socialización donde se ha enseñado y se ha aprendido como elemento fundamental de la construcción de su subjetividad, la capacidad de entrega, de darse a los otros, como un acto profundamente humano que parece ser, en términos políticos, un camino efectivo de esperanza.

Por fin, la conclusión que podría inferirse de esta reflexión es que en este país de guerras crónicas, las mujeres, o mejor los valores femeninos formados social e históricamente, han sido un sostén fundamental en la preservación y recreación de esta sociedad y, en este sentido, pueden convertirse en un valioso dispositivo en la construcción de nuevas alternativas en la búsqueda de una sociedad más justa y democrática, fuera de la lógica dominante de intolerancia y uso privilegiado de la violencia para dirimir los conflictos. En otras palabras, tal vez una salida a la encrucijada histórica en que hemos caído, sea “feminizar” la sociedad para humanizarnos en la diferencia.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARICAPA, Ricardo. *Comuna 13: Crónica de una guerra urbana*. Medellín: Universidad de Antioquia, 2007.
- CLAUSEWITZ, Karl Von. *De la guerra*. Barcelona: Idea Books. S.A, 1999.
- DUMONT, Louis. *O individualismo*. Uma perspectiva antropológica da ideologia moderna. Rio de Janeiro: Rocco, 2000.
- HEILBORN, Maria Luiza. "Gênero: um olhar estruturalista". In. PEDRO, J. & GROSSI, M (Orgs). *Masculino Feminino Plural*. Florianópolis: Editora Mulheres, 1998.
- LAMUS, Doris. *Los movimientos de las mujeres en Colombia*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, Documento Cátedra Low Mauss, 2006.
- MARQUEZ, Gabriel. *Cien Años de Soledad*. Bogotá: Oveja Negra, 2003.
- MARTÍNEZ, Aída. Las capitanas de los Mil Días. Participación de las mujeres en la guerra. Revista Credencial Historia. Bogotá, N. 121, enero 2000.
- MEDINA, Medófilo. "La resistencia campesina en el sur del Tolima". In: SANCHEZ, G. & PEÑARANDA, R. (Orgs). *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Bogotá: Cerec, 1991.
- ORTIZ, Luis. *Fusiles y plegarias*. Guerra de guerrillas en Cundinamarca, Boyacá y Santander, 1876-1877. Medellín: UNAL, 2004.
- SANCHEZ, Gonzalo. *Guerras, memoria e historia*. Medellín: La carreta histórica, 2006.
- SANCHEZ, G. & PEÑARANDA, R. (Orgs). *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Bogotá: Cerec, 1991.
- TIRADO, Alvaro. *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia*. Medellín: SEDUCA, Ediciones de autores, 1995.
- Testimonio de Fabiola Lalinde. 4 de octubre de 2008. Disponible en: <http://www.movimientodevictimas.org>, consultado en septiembre de 2009.
- URIBE, Maria Teresa. "Las guerras por la nación en Colombia durante el siglo XIX". *Estudios Políticos*, n° 18, ene-jun 2001, p. 9-27.
- VALE DE ALMEIDA, Miguel. *Senhores de Si: uma interpretação antropológica da masculinidade*. Lisboa, Fim do século, 1995.
- VÁSQUEZ, María Eugenia. Escrito para no morir. Bogotá: Testimonio, 2000.